

¿Se puede jubilar a un profeta?

A propósito de Pedro Casaldáliga

Obispo de la Prelacia de São Felix (Brasil)

José Luis Vázquez Borau

Del Instituto E. Mounier de Cataluña

Conocí personalmente a Pedro Casaldáliga cuando era director espiritual en el Colegio Claret de Barcelona el año 1960, tenía entonces catorce años y su discernimiento sobre mi vida fue crucial. Por aquel entonces de la España franquista, Casaldáliga animaba los Cursillos de Cristiandad, a quien le daban mucho empuje, como él mismo explica: «Recuerdo aquellas noches locas, hablando con matrimonios, con personas muy interesantes con las que no había tenido mucho contacto hasta aquel momento. A mí me ayudaron a conocer a los seglares y sus problemas. Conservo grandes amistades de aquella época¹. Y vino el Concilio...

La idea de convocar y celebrar un concilio ecuménico se le ocurrió al papa Juan XXIII. El Concilio no fue el resultado de un proceso de análisis y de estudio. Fue el efecto inesperado de una «intuición profética». Este impulso representó un cambio radical en las posiciones hasta entonces admitidas y consideradas como lo 'normal' en la Iglesia. El día 11 de septiembre de 1962, es decir, un mes antes de iniciarse los trabajos del Concilio, Juan XXIII dirigió un radiomensaje a los cristianos de todo el mundo. En él decía que la finalidad del Concilio no se debía limitar a la simple repetición de las afirmaciones teológicas tradicionales, sino que lo importante era una nueva formulación de la doctrina «en la forma y proporciones de un Magisterio con un carácter sobre todo pastoral». Su intención era presentar a la Iglesia de manera que fuera una verdadera respuesta a las profundas exigencias de la humanidad².

Fue el mismo año de mi relación con Casaldáliga, a quien lo enviaron, junto a otros religiosos, a Guinea,

para implantar los cursillos de cristiandad. Allí fue su primer contacto con el Tercer Mundo, teniendo que luchar ya entonces para que en los cursillos pudiesen asistir tanto blancos como negros. Fue en el verano de 1961, teniendo el billete para ir de nuevo a Guinea, cuando lo destinaron a Barbastro como director del seminario. Después, cuatro años en Madrid como director de la revista *Iris de Paz*. El impacto del Concilio le llegó a él y a un grupo de misioneros que trabajaban en equipo. Algunos artículos de la revista molestaban al gobierno franquista, y el ministro de Información de entonces, Manuel Fraga Iribarne, amenazó con cerrar la revista si no se cambiaba la línea editorial. Lo que motivó que le asignasen el encargo de fundar una misión en la región norte del Mato Grosso. Cuando conocí la noticia me sonó a exclaustación..., pero los caminos del Señor son desconcertantes. De la muerte puede hacer surgir vida.

Pedro Casaldáliga llegó a la región de São Felix a finales de julio del año 1968, año del mayo francés y de la primavera de Praga, símbolos de un mundo que estaba en efervescencia y transformación, donde la Iglesia acentuaba su proceso de modernización, especialmente en América del Sur, con la conferencia de Medellín del año 1968, donde Pablo VI se reunió con el episcopado latinoamericano y donde resonaron estas palabras: «El episcopado latinoamericano no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria. Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte»³. Su llegada a Brasil, junto con otro misionero, Manuel Luzón, no fue fácil. Tres años más tarde le llegó del

Vaticano el nombramiento de obispo. El futuro obispo redactó la siguiente invitación: «Tu mitra será un gorro de paja sertanejo, el sol y el claro de luna, la lluvia y el sereno, la mirada de los pobres con quien caminas y la mirada gloriosa de Cristo, el Señor. Tu báculo será la Verdad del Evangelio y la confianza de tu pueblo en ti. Tu anillo será la fidelidad de la Nueva Alianza del Dios liberador y la fidelidad del pueblo de esta tierra. No tendrás otro escudo que la fuerza de la Esperanza y la Libertad de los hijos de Dios, ni utilizarás otros guantes que el servicio del Amor». El 23 de octubre de 1971, el día de su consagración, como no había ninguna catedral, las personas tuvieron que traer las sillas de sus casas para sentarse junto al río Araguaia al lado de un hombre con un gorro de paja y un remo de madera que utilizan los indios tirapé. He de confesar que esta imagen se convirtió para siempre en mí como el símbolo que encarnaba las mejores aspiraciones del Concilio Vaticano II.

La Prelacia de São Felix do Araguaia es la iglesia católica de la región del Alto Araguaia, en Brasil. Situada en el nordeste del Estado del Mato Grosso, abarcando una extensión similar a la de Portugal. Esta región amazónica se caracteriza por su aislamiento, miseria y ausencia total de los más elementales derechos humanos. Los núcleos urbanos más próximos, como Goiânia y Barra de Garças, se encuentran a treinta horas de São Felix. La capital del Estado del Mato Grosso, Cuiaba, está a dos días de viaje. En toda la región las carreteras son de tierra, y en la temporada de lluvias quedan cortadas. Este contexto de aislamiento favorece una situación de corrupción generalizada en donde todos los órganos de poder, gobernadores locales, policía y jueces, cometen y consienten torturas, asesinatos y esclavitud en toda la región. El propio obispo de la *Prelacia de São Felix*, Casaldáliga, su-

frío un intento de homicidio por parte de la policía militar, que equivocando el objetivo asesinó con un disparo a bocajarro al sacerdote que le acompañaba.

Uno de los orígenes de esta situación es la corrupción electoral. El analfabetismo, la ignorancia, el miedo y las amenazas se convierten en la práctica habitual la compra-venta de votos a cambio de un poco de dinero o comida. Así, son los más pobres los que sustentan el sistema actual, permitiendo con sus votos que auténticos mafiosos y asesinos copen los distintos órganos de poder.

En las tres últimas décadas apenas se han conseguido avances significativos en derechos humanos, a pesar de que hace ya quince años que finalizó la dictadura. Por el contrario, el nivel adquisitivo de la población en la región y en el país entero ha disminuido a menos de la mitad en este periodo. Hoy hay más pobreza y es más extrema que hace treinta años. La lucha por la tierra es una constante en todo Brasil. La *Prelacia* está ocupada en su mayor parte por latifundios de hasta 2000 km² de extensión. Los dueños son empresas multinacionales o particulares de São Paulo y otras grandes ciudades que se encuentran a miles de kilómetros de la región. La injusta distribución de la tierra provoca que apenas existan algunas áreas para pequeños agricultores. Y éstos ni siquiera poseen el título de propiedad de sus tierras debido a lamentables problemas burocráticos causados por la indolencia, la incompetencia o los intereses económicos de la clase dirigente. El cambio político que se ha operado en Brasil, con la llegada del presidente Lula, ha generado un clima de esperanza.

Pero para poder conocer por dentro el alma de este profeta universal, veamos algunas de sus propias confesiones:

VOY A PASAR LA VIDA: Voy a pasar la vida más o menos inútil, más o menos

poeta. No habré tenido un hijo. No habré sido magnate ni gerente de lucros, ni albañil o mecánico. Habré plantado unos contados árboles y habré escrito unos libros, muchas cartas, hojas hijos al viento. Procura que la Gracia y la Ternura llenen de vino nuevo tu ánfora de barro. Dios mide a su manera la eficacia. Ama a todos los hijos de los hombres. Di tus palabras como las semillas que mueren pero brotan. Haz de tu corazón célibe solo un ambulante hogar desatracado, una lona de circo bullanguero. Deja las digitales de tus pies peregrinos como besos en llama solidaria sobre la carne de la Madre Tierra. Posa tus ojos, tibios ya de ocaso, como lumbres de aceite, acurrucadas en la vigilia universal del Tiempo.

EL POSIBLE REVÓLVER CONVOCABA: El posible revólver convocaba los odios y las sombras. Dios estaría al quite, en todo caso, y era preciso andar hasta la hora. Pero mi corazón, chapado en fuegos, sellaba, como el sol, la tarde agónica.

SALMO 23: El Señor es mi Pastor... Los pastores de mi casa me enseñaron a sentirlo. La «chivita» deportada por la guerra fratricida me ayudó a reconocerme vigilado por sus Ojos, añorado por sus Manos. Yo sería un pastor ¿bueno? Tu Palabra me alimenta, cada día, como un valle. Me convida tu Misterio, como un monte. Como un río me penetra, perdonado, tu Ternura. Pirineo y sus pastores, por las rocas, en la nieve, por Él será desnudo tierra abajo, por las noches estrelladas cielo arriba. Los balidos impotentes me acosaban, siendo niño. Los balidos de los pobres, degollados, me traspasan. ¿No bastaba con tu sangre, Pascua nuestra? Si atardece en mis majadas, Tú serás su paz caliente. No les faltará tu silbo cuando rompa el día nuevo. Los mayores desencantos puedo atravesar seguro. ¡Tú me llevas como un hombro, Pastor bueno!

MALDITA SEA LA CRUZ: Maldita sea la cruz que cargamos sin amor como una fatal herencia. Maldita sea la cruz que echamos sobre los hombros de los hermanos pequeños. Maldita sea la cruz que no quebramos a golpes de libertad solidaria, desnudos para la entrega, rebeldes contra la muerte. Maldita sea la cruz que exhiben los opresores en las paredes del banco, detrás del trono impasible, en el blasón de las armas, sobre el escote del lujo, ante los ojos del miedo. Maldita sea la cruz que el poder hinca en el Pueblo, en nombre de Dios quizás. Maldita sea la cruz que la Iglesia justifica, quizás en nombre de Cristo, cuando debiera abrassarla en llamas de profecía. ¡Maldita sea la cruz que no pueda ser La Cruz!

ALGO TENEMOS, ROMA, DE ROMANOS: Algo tenemos, Roma, de romanos todos los que heredamos la leche del latín, la fe de Pedro. A pesar del Imperio, detrás del Vaticano, en la piedra y la sangre compartidas todos tenemos mucho de romanos. cardenales de roma: Cardenales de Roma, hermanos todavía: ¿Qué somos si no somos Pascua viva? ¿Qué celebramos si no celebramos toda la sangre en cada Misa? ¡Ay de las Curias sin romerías! No me quitéis la sangre de los mártires del cáliz que alimenta mi osadía. Si les priváis del Testimonio, ¿qué les queda a los Pobres de América Latina? Roma, la misma Roma, ¿qué sería si callase en sus piedras la hermana sangre antigua?

YO, PECADOR Y OBISPO, ME CONFIESO: Yo, pecador y obispo, me confieso de haber llegado a Roma con un bordón agreste; de sorprender el Viento entre las columnatas y de ensayar la quena a las barbas del órgano; de haber llegado a Asís, cercado de amapolas. Yo, pecador y obispo, me confieso de soñar con la Iglesia vestida solamente de Evangelio y sandalias, de creer en la Iglesia, a pesar de la Iglesia, algunas veces; de creer en el Reino, en todo caso, cami-

nando en Iglesia. Yo, pecador y obispo, me confieso de haber visto a Jesús de Nazaret anunciando también la Buena Nueva a los pobres de América Latina; de decirle a María: «¡Comadre nuestra, salve!»; de celebrar la sangre de los que han sido fieles; de andar de romerías... Yo, pecador y obispo, me confieso de amar a Nicaragua, la niña de la honda. Yo, pecador y obispo, me confieso de abrir cada mañana la ventana

del Tiempo; de hablar como un hermano a otro hermano; de no perder el sueño, ni el canto, ni la risa; de cultivar la flor de la Esperanza entre las llagas del Resucitado.

Después de escuchar estas palabras, sólo nos queda el silencio. Cuando el profeta se convierte en símbolo, a pesar de sus limitaciones como ser humano que es, ya no se puede jubilar, queda clavado en la marcha de la hu-

manidad como bandera en el viento, señalando el camino y brindándonos esperanza. ¡GRACIAS hermano Pedro!

Notas

1. F. Escribano, *Descalç sobre la terra vermella*, Barcelona 2001, 48
2. Cf. J. M. Castillo, *La Iglesia que quiso el Concilio*, Madrid 2001, 22-23
3. Medellín, *Pobreza*, 1,2

